



Carlos Bosch

La forma de hacer política, el modelo económico, los criterios sociales e incluso los valores culturales divergen del necesario equilibrio entre saber y poder. Prevalcen los criterios de la fuerza sobre los del conocimiento, y se impide el espíritu crítico.

Desarrollo sostenible del saber y del poder

TEXTO Vladimir de Semir
Comisionado de Cultura Científica
Ayuntamiento de Barcelona.

Los conceptos de sostenibilidad y de desarrollo sostenible forman hoy parte del acervo popular y están íntimamente ligados al discurso conservacionista, medioambientalista o ecologista que se ha ido instaurando gradualmente en nuestra sociedad desde los años setenta del siglo XX. Cualquier política actual que esté basada realmente en el progreso y la calidad de vida de la ciudadanía incorpora criterios relacionados con el desarrollo sostenible de los recursos naturales, de la gestión energética, de la ecología urbana o del planeamiento territorial, entre otros. ¿Seremos capaces de llegar a construir un modelo de desarrollo que no comprometa el futuro de la vida sobre nuestro planeta? Éste es el reto que tenemos planteado y por ello defendemos el desarrollo sostenible, pero el problema que debemos resolver no está circunscrito exclusivamente al medio ambiente. ¿Estamos creando un mundo más justo o no? ¿Estamos permitiendo a las diferentes civilizaciones que pueblan la Tierra que puedan sobrevivir, evolucionar e incorporarse a un proceso colaborativo que haga viable ese mundo más solidario al que aspiramos? ¡A todas luces, no! No sólo no lo estamos haciendo, sino que posiblemente nos alejamos cada vez más de ese noble objetivo. Nuestra forma de hacer política, nuestro modelo económico, nuestros criterios sociales e incluso nuestros valores culturales divergen ostensiblemente del necesario equilibrio entre el poder y el saber. En nuestra

sociedad prevalecen los criterios de la fuerza económica y/o política sobre los del conocimiento, al tiempo que se impide que nazca y evolucione el espíritu crítico de la sociedad. Por ello es indispensable que luchemos por otro desarrollo sostenible: el que permita la colaboración del saber con el poder y la influencia de aquél sobre éste.

El fin justifica los medios en política y si la mentira es necesaria, se impone con absoluta impunidad, incluso al más alto nivel de gobierno; o se manipulan voluntades mediante determinados medios de comunicación públicos y privados, e incluso se compran –si es necesario– esas mismas voluntades para justificar y contrarrestar acciones ineptas de esos mismos gobiernos. Los ejemplos sobran, aquí y en muchos otros lugares del mundo.

Se nos impone un modelo económico basado en el consumo exacerbado y en el comercio injusto, en continua huida hacia delante y hacia un futuro incierto para la mayoría, ahondando en el abismo entre países ricos y países desfavorecidos, sin que aparentemente a casi nadie con poder le preocupe corregir los excesos de los primeros ante la impotencia de los segundos.

La igualdad de oportunidades brilla por su ausencia y la fractura social lleva camino de aumentar, no sólo por la posibilidad o no de un acceso adecuado a la educación y al trabajo, sino por la constante introducción de nuevas herramientas tecnológicas que pueden incrementar aún más las diferencias entre los que saben y los que no saben.

Hoy se impone, además del pensamiento único, la cultura de lo efímero y la cultura de la redundancia. Es lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu define como “la circulación circular de la información”, al tiempo que denuncia la irrupción del *fast thinking* en nuestras vidas como contaminación del mundo audiovisual, un mensaje rápido y superficial que –como el *fast food* en el caso de la elección de lo que comemos– nos impide pensar, reflexionar y escoger, y, por tanto, impide que generemos auténtica cultura. De esta forma, además, se favorece la exclusión social desde un punto de vista cultural: todos aquellos que utilizan la televisión como fuente primordial de su formación cultural continuada –que, como sabemos, son mayoría en nuestra sociedad– quedan muy limitados para poder desarrollar una cultura propia y, sobre todo, crítica.

El resultado es que no sólo no somos capaces de construir un mundo justo, si no que cada vez lo hacemos más injusto, y posiblemente la causa radique en que no sabemos cómo desarrollar de una forma sostenible un adecuado equilibrio entre el saber y el poder. En este contexto parece indispensable poder reflexionar sobre qué mundo estamos construyendo. Éste es el objetivo profundo del Fórum de las Culturas Barcelona 2004: hacer un alto en el camino, valorar si llevamos o no una dirección equivocada y sentar las bases para que el desarrollo sostenible del saber y del poder sea una realidad en este siglo que hemos comenzado.

No hay duda de que el conocimiento humano experimenta una aceleración nunca antes conocida. Es bien sabido –existen diversos estudios realizados al respecto– que toda la información que contiene diaria-

mente un diario como *El País*, *La Vanguardia*, *El Mundo* o *ABC* corresponde a la que hace un par de siglos gestionaba conceptualmente una persona durante toda su vida.

¡Pero hay un peligro! Las diferencias entre los que saben y los que no saben en un mundo en el que cada vez se valora más el cómo hacemos las cosas que lo que hacemos puede provocar rupturas sociales aún mayores que las que hemos vivido desde la revolución industrial. Constituye por lo tanto una responsabilidad individual y colectiva el reciclaje continuado de nuestras capacidades intelectuales y nuestra adaptación a la ya vertiginosa capacidad de innovación de nuestra sociedad. Ya sean los conocimientos de aquí o los que vengan de otras partes, pues la mezcla y la capacidad de asimilación de la diversidad cultural serán factores decisivos que posibilitarán –paradójicamente– la aparición y fortalecimiento de valores locales que serán, precisamente, los que marcarán las diferencias de oportunidad y calidad de vida en un mundo cada vez más irremediamente globalizado.

En este contexto, la generación de ideas y el aprovechamiento de las oportunidades que éstas impulsan son conceptos estrechamente entrelazados. Pero la emergencia de estas ideas y la utilización de estas oportunidades sólo pueden existir y desarrollarse en el marco de una ciudadanía preparada y conocedora de los diferentes rumbos que nos puede aportar el conocimiento que surge de las nuevas aplicaciones científicas y tecnológicas que se producen en nuestra sociedad y economía.

“La democracia es necesaria, pero no suficiente”. Es una frase de un filósofo hoy algo olvidado, Bertrand Russell. Si no se desarrolla el indispensable espíritu crítico de una sociedad –para lo que es indispensable poner énfasis en la educación y en la cultura–, nuestra democracia será incompleta. Para ello se ha de producir una nueva alianza o una nueva correlación entre el saber y el poder. La cultura –una única cultura en la que naturalmente hay que incluir a las ciencias–, o mejor, las capacida-



En las sociedades desarrolladas se impone un modelo económico basado en el consumo exacerbado y el comercio injusto. Junto a estas líneas, sede del Foro Económico de Davos, enero de 1999. En la página anterior, un centro comercial.

Raymond Reuter / Corbis Sygma

El hoy presidente del Brasil, Inacio Lula da Silva, participando en una manifestación con motivo de la celebración del Foro Social Mundial de Porto Alegre, en enero de 2001. A pie de página, laboratorios de genética en el Parque Científico de Barcelona.



Vo Trung Dung / Corbis Sygma

des culturales generadoras de ideas son las que tradicionalmente han facilitado los cambios y la adaptación a las nuevas condiciones socioeconómicas, pero la realidad es que no disponemos ni del tiempo ni de los métodos pedagógicos necesarios para digerir e integrar los adelantos científicos y tecnológicos a medida que se van gestando. Hay quien se ha referido ya en términos de “tiranía” a la velocidad absoluta de la “bomba informática” impulsora de innovación tecnológica y económica. Y, al mismo tiempo, se ensancha el vacío entre el progreso de la ciencia y la aplicación de sus resultados de manera pertinente y válida para la mejora social. Gran parte de este vacío se debe al desfase entre el ritmo del cambio científico y tecnológico y la inercia de las instituciones políticas, económicas y socioculturales frente a esta evolución. ¿Cómo podemos iniciar el siglo XXI con una filosofía política del siglo XVIII, con unas instituciones políticas del siglo XIX y con un proceso de decisión aparentemente democrático pero concebido para un mundo que sólo existe en los manuales de derecho constitucional y de derecho internacional y en el que el poder no respeta al saber y en el que el saber apenas consigue influir en el poder?



Enrique Marco

Para afrontar los desafíos –aquí sólo esbozados en algunos aspectos– del siglo XXI es necesario poner en pie una nueva democracia, una de cuyas condiciones fundamentales es la redefinición de las relaciones entre el saber y el poder. La ausencia de un consenso sobre los valores culturales y los valores éticos favorece, por ejemplo, la utilización de la ciencia y de la tecnología de una forma exacerbada para la productividad y el provecho –lo que en gran parte es lógico–, pero con ello no se hace otra cosa que afianzar aún más la primacía y retroalimentación de la fuerza intrínseca del poder y se marginan otras atribuciones como la solidaridad o la democratización del saber. Por ello no es raro observar que buena parte de nuestros dirigentes son poco sensibles a desarrollar la preocupación por una mejor utilización de los recursos que nos ofrecen la ciencia y la tecnología como poderosos instrumentos de cambio. En realidad, a lo largo de la historia se ha podido comprobar una y otra vez que el poder teme al saber. Por ello lo margina siempre que es posible y por ello las sociedades que conocemos tienden a la uniformización de la mediocridad, proceso en el que los medios de comunicación desempeñan un papel perverso y muy poco analizado con detenimiento.

En este contexto, hay que intentar elaborar una nueva convención interdisciplinaria de la política, de la economía y de la cultura basada en la complementariedad entre el poder y el saber, y en un desarrollo sostenible entre ambos. Si analizamos los diálogos y debates que nos ofrece el programa propuesto por el Fórum Universal de las Culturas 2004 para los 141 días que durará este evento mundial, podremos darnos cuenta de que existe la voluntad de reflexionar sobre estos problemas que tenemos planteados. Obviamente podrían añadirse otros muchos, pero existe una constante, aunque no se exprese explícitamente: situar el saber y el conocimiento en el centro del debate y mostrar al mundo que somos capaces de hacer un alto en el camino para intentar corregir nuestro rumbo si realmente estamos equivocados. Una aparente utopía que aspiramos a que se convierta en una necesidad para que se repita con regularidad en otras ciudades a lo largo del siglo XXI. Ésta será la mejor herencia de Barcelona 2004.